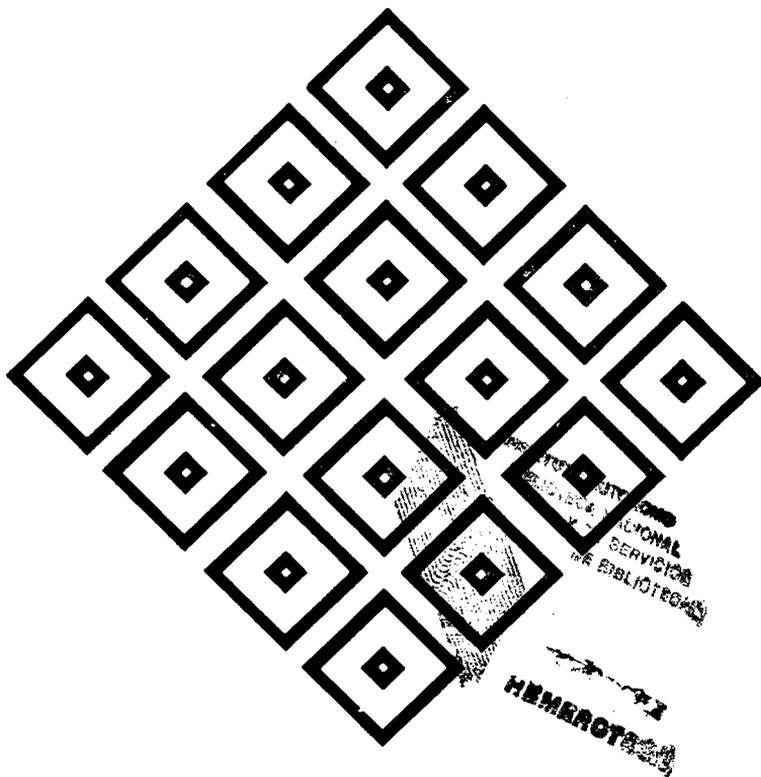


E₂
17

CAQ 409



LATINO AMÉRICA

ANUARIO
ESTUDIOS LATINOAMERICANOS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

POLEGÓMENOS A UNA TEORÍA DEL SER LATINOAMERICANO

ALEJANDRO SERRANO CALDERA
NICARAGUA

ENTRE LA NACIÓN Y EL IMPERIO

Simón Bolívar encarnó la libertad en su tiempo. En el bicentenario de su nacimiento y en la tierra de sus sueños y combates, nos disponemos al diálogo sobre esta "Nuestra América" que entre luces y sombras busca todavía su camino.

En la Carta de Jamaica del 6 de septiembre de 1815, Bolívar define algunos rasgos fundamentales de los pueblos americanos que en ese momento y bajo la conducción de su espada buscan la independencia.

"Nosotros-dice-somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil."

Ante esa afirmación y en un intento de encontrar respuestas que precisen y complementen esa primera aproximación de Bolívar a una definición genérica del ser latinoamericano nos preguntamos: ¿Cuál es la naturaleza de este pequeño género humano? ¿dónde están los elementos que pueden identificarlo?

Más adelante en el mismo documento, Bolívar agrega "...por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores; así nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado . . ."

De nuevo nos surge la inquietud que se expresa primero como afirmación negativa y luego como interrogación. En efecto, Bolívar en ese párrafo de la Carta de Jamaica y a partir de la realidad histórica que analiza, nos señala claramente lo que no somos, el no — ser; pero a nosotros no nos basta una certeza negativa pues necesitamos una afirmación, la del ser, o una definición de futuro que se formule como un imperativo categórico Kantiano, el deber — ser, y si esto no es posible, una definición de futuro que se plantee, al menos, como posibilidad, como futuro condicional, el debería-ser. Y aquí surge de nuevo la inquietud, esta vez como Interrogación, que puede formular-

se en tres tiempos: ¿qué somos? ¿qué podemos ser? ¿que podríamos ser?

Es claro que en su carta a Henry Cullen, Bolívar trata de dar respuesta a los “objetos más importantes de la política americana” tales como el tipo de organización que deberán asumir los pueblos del Nuevo Mundo al adquirir su libertad, la forma más adecuada de gobierno, sea ésta republicana o monárquica, centralista o federalista. Para ello, y a partir del conocimiento que tiene de los elementos más sobresalientes de la naturaleza de los diferentes grupos humanos y de las particulares características geopolíticas de las distintas regiones, no conviene “en el sistema federal entre los populares y representativos” y rehúsa “la monarquía mixta de aristocracia y democracia.” Para los mexicanos imagina “que intentarán al principio establecer una república representativa, en la cual tenga grandes atribuciones el poder ejecutivo”. “Los estados del istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizás una asociación. Esta magnífica posición entre los dos grandes mares podrá ser con el tiempo el emporio del universo; sus canales acortarán las distancias del mundo; estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia; tratarán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. Acaso sólo allí podrá fijarse la capital de la tierra como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio”.

Para Buenos Aires, Bolívar supone “un gobierno central, en que los militares se lleven la primacía por consecuencia de sus divisiones internas y guerras externas”. En cuanto a la vigencia de “justas” y “dulces leyes” estima que si alguna permanece largo tiempo en América será la chilena. “Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad; los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo”.

Del análisis de la Carta de Jamaica nosotros subrayamos en la exposición de Bolívar, entre otros aspectos:

a) Un esfuerzo de precisión por el tipo de gobierno más adecuado a las condiciones intrínsecas de los pobladores, a las tradiciones regionales y a las características históricas y geopolíticas respectivas. Sobre estos aspectos volverá más adelante en el Discurso de Angostura del 15 de febrero de 1819, lograda ya la independencia de España.

b) Una identificación de lo que no somos, del no-ser latinoamericanos y una preocupación genérica subyacente por lo que podemos ser como pueblos y como hombres si se cumplen determinadas condiciones históricas.

c) Una visión profética de lo que hoy es nuestro pasado, de lo que es nuestro presente, violentado no pocas veces por el nuevo imperio a cuyo servicio, ayer como hoy, no faltan las espadas de aquéllos que han preferido entregar los intereses nacionales a fuerzas externas de opresión, que contribuir a preservar las expresiones genuinas de la nación, las tradiciones jurídicas en donde la vigencia de “justas” y “dulces” leyes, como en Chile, han sido de la esencia misma del pueblo. Pero también, y siempre con Bolívar, hay que recordar que en Chile, ayer como hoy, jamás se ha extinguido el espíritu de la libertad.

d) La ilusión de lo que podría ser nuestra América sobre la base de un desarrollo histórico propio a partir del conocimiento y desarrollo de sus realidades y potencialidades, de lo que pudo ser la federación de Estados Centroamericanos destruida por sus propias contradicciones, de lo que podría ser Cencroamérica, los estados del istmo de Panamá hasta Guatemala, emporio del universo, con sus canales que acortarían las distancias del mundo, si no existiesen los intereses del imperio que considera esta zona como su patio trasero y la cuarta frontera de sus objetivos estratégicos y geopolíticos.

e) Los sueños de unidad latinoamericana y de un panamericanismo que se sustente en una base de organización política común están tan lejanos hoy como en tiempos de Bolívar, si partimos de las formas políticas o de sistemas gubernamentales, pero no tan lejanos si pensamos en un común denominador histórico, como es la necesidad compartida de identidad de nuestros pueblos y su recíproco fortalecimiento a nivel regional, el imperativo de reafirmación nacional, y a partir de ahí, de reafirmación regional de nuestro patrimonio histórico y cultural unido en sus diferencias y a través de una coordinación de mecanismos de integración cultural y educativa que posibiliten y favorezcan nuestro recíproco conocimiento. Ante la agresión colonialista la soberanía y la integridad territorial han sido factores de unificación. La agresión de Inglaterra en el caso de las islas Malvinas ha sido, elemento de fortalecimiento de ese sentido de unidad latinoamericana.

f) Su visión de la Revolución de los pueblos del Nuevo Mundo sobre la base de dos ejes fundamentales: la independencia y la identidad, que sigue siendo válida el día de hoy frente al nuevo imperio y también, ciertamente, ante nuevas condiciones estructurales y coyunturales internas y externas.

A partir de las bases forjadas por el pensamiento y la acción de

Bolívar iniciamos y desarrollamos nuestras reflexiones sobre el ser latinoamericano.

Al hablar del ser latinoamericano tenemos que hacer referencia a su circunstancia. América Latina está situada en una encrucijada desgarradora; por una parte, las circunstancias históricas, en la que están incluidos los mecanismos de dominación del imperio, arrastran a nuestro continente a la sujeción más férrea, y por la otra, esas circunstancias han penetrado hasta las raíces de la conciencia de muchos hombres de América Latina originando una profunda y radical rebeldía que es resistencia al sometimiento y reafirmación de autenticidad. La identidad y el ser individual juegan su destino al mismo tiempo. El ser y el hacer se compenetran y condicionan recíprocamente, el "yo" individual empieza a salir de su soledad profunda para recontrarse en los demás, en el "otro", para realizarse a plena luz. Los primeros rayos alumbran su recinto de sombras. La relación entre la conciencia y el medio es cada vez más tensa y el sujeto reacciona ante la acción que ejercen sobre él las condiciones objetivas de la dominación.

El ser social en esas condiciones objetivas determina la conciencia, pero ese ser, hecho pueblo y conciencia solidaria, regresa desde los límites a que fue proyectado hasta el origen de la fuerza que lo impulsó, en virtud de la particular elasticidad de la historia.

Ese movimiento de regreso es un movimiento consciente, el cambio cualitativo que está operándose en la historia y en el ser latinoamericano. Hemos sido lanzados al tiempo y al espacio por fuerzas determinadas, el trayecto nos ha sido extraño y ese primer recorrido inconsciente, ese movimiento de ida, es la posibilidad sin límites, pero la conciencia que emerge de la historia, es el límite de la posibilidad, el momento en que se labra con precisión el destino de un pueblo, el tránsito de la conciencia solitaria a la conciencia solidaria.

En esa coyuntura debe tratar de construirse el presente superando el pasado, realizándolo como síntesis de la raíz indígena y la cultura europea, desgarrados y opuestos hasta hoy. La realidad política y social es el grado más elevado en el que se producen o producirán las transformaciones objetivas que cancelen la inautenticidad y devuelvan la identidad. Pero también la teoría, la filosofía, tiene el papel esencial de racionalizar esa situación, iluminar el camino y reintegrar en el esfuerzo crítico el proceso de la práctica histórica. La síntesis deberá ser a la vez la superación de la visión occidental y de la vi-

sión indígena de nuestro mundo tomadas como exclusivas, lo que equivale a superar la ilusión y el símbolo devenido en mito.

La lucha por la identidad exige la desmitificación; en la lucha por la libertad hay que vencer opresores y fantasmas.

Como parte de ese proceso de síntesis la reafirmación nacional y la proyección regional son fenómenos necesarios y complementarios. El sentido de nación que nos identifica y a la vez distingue de los demás, permite afianzar las raíces y desde allí, instalados en nuestras diferencias, ligarnos al destino común latinoamericano. El sentido regional empieza por la reafirmación de la nación, ésta se proyecta en una dimensión continental en la que raíz y destino unifican más allá de las diferencias.

La lucha por la libertad y por la identidad ha devenido en la condición necesaria de una América Latina concebida en el presente como proyecto y vislumbrada como realidad en el porvenir.

El ser latinoamericano, fruto tardío de nuestra historia, participa de la realidad y por lo mismo goza y padece de esa condición histórica que lo forma y deforma, que lo entorna e integra y que exige construir el destino necesario en donde se reencuentren el hombre y su mundo. Esta es la exigencia de identidad, la condición del ser.

Pero esta visión de las cosas no se produce desde un lugar abstracto, desde el punto ubicuo de Spinoza, sino que se produce desde un punto histórico preciso en el cual nos encontramos situados y que es, en nuestro caso, la Revolución Nicaragüense. El Sandinismo ha sido en la historia de Nicaragua la lucha necesaria para recuperar la nación usurpada por los filibusteros de ayer, por las fuerzas externas que hoy pretenden negar el derecho de un pueblo a reconstruirse, a vivir en paz y a definir su presente y su futuro y por los que desde dentro han favorecido la expoliación para satisfacer sus ambiciones de poder y riqueza.

En la lucha que Sandino inició en 1927 contra la ocupación norteamericana y en la Revolución Popular Sandinista que triunfa el 19 de julio de 1979 se da la continuidad de la nación.

Reafirmar la soberanía en nuestro tiempo y espacio significa rechazar otra vez la doctrina de Monroe, el Destino Manifiesto, la expansión territorial de John Quincy Adams, y la Seguridad Nacional de John Foster Dulles. Recuperar el principio de autodeterminación y reivindicar la nación en su totalidad significa enfrentarse a las nuevas versiones que tratan de justificar la expansión imperialista,

hoy plasmada en la doctrina de la Cuarta Frontera y bajo una pretendida traslación del conflicto Este-Oeste, con lo cual se busca exorcizar todo movimiento que reclama la liberación y la soberanía nacional.

Pero no es el conflicto Este-Oeste lo que pueda justificar el expansionismo de los Estados Unidos, esencialmente injustificable, pues éste es una adherencia natural al sistema y producción de sí mismo en el proceso de su desarrollo. Con o sin conflicto Este-Oeste, la expansión imperial de los Estados Unidos ha sido una dura realidad que hemos debido enfrentar las naciones de América Latina en diferentes épocas y momentos de nuestra historia, y en aras de la cual han sido sacrificados muchos países de América Latina, en su soberanía e integridad territorial.

La concepción mítica y mística que del mundo tiene la administración de Reagan es tanto más peligrosa cuanto que sirve al desarrollo y ejecución de una política cuyo maniqueísmo a ultranza ha trazado la línea divisoria entre el bien y el mal. Los autores de esta nueva teología en donde una nación aparece encarnando el espíritu bíblico, los forjadores de la nueva ética han lanzado una cruzada de los "buenos" contra los "malos", instalando la más dura Edad Media en el centro de la era nuclear y a las puertas del siglo XXI. Es la lucha de Ormuz y Ahrimán, la espada de fuego de los ángeles vengadores. Es, de todas maneras, la forma particular de Reagan de entender las cuestiones del Este, y, sobre todo, las del Oeste.

Esta es la conciencia de situación desde la cual percibimos el problema, la perspectiva que se abre a nuestros ojos por encontrarnos situados en un punto específico de la historia.

Otros países, otros pueblos y otros hombres tendrán otra o la misma apreciación de las cosas, pero lo cierto es que cualquiera que sea la percepción particular de nuestro mundo y su encrucijada, el problema de la identidad latinoamericana como destino histórico de la región y el problema del ser como crisol de las realidades y potencialidades individuales que se forjan en la relación con el medio, se encuentran ineluctablemente encarnados en la contradicción que discurre entre nación e imperio, identidad y enajenación. De su resolución dependerá el ser o no ser de nuestra América y su posible futuro.

Al desarrollar este trabajo trataremos de ver la dialéctica entre el ser y las circunstancias como condiciones recíprocas de la esencia y existencia de cada una de ellas, la superación del pasado *Aufheben*

hegeliano, como desafío a la historia y a la filosofía, en tanto que exige, sea en la práctica o en el pensamiento crítico, la toma de conciencia del desgarramiento que existe entre lo occidental y lo indígena. Asimismo trataremos de ver la característica específica de nuestra historia en la que los movimientos de independencia del siglo XIX no desembocaron en la identidad, dejando pendiente hasta nuestros días ese desafío que compromete el ser y el hacer latinoamericanos y el destino histórico de la América Latina que enfrenta de nuevo, junto al problema de la identidad, el problema de la independencia ante la expansión imperial de los Estados Unidos. La búsqueda en la cual cristalice la identidad del ser Latinoamericano exige el desarrollo de la acción política consciente y del pensamiento crítico que alimente esa práctica y que extraiga de ella los elementos teóricos indispensables a su constitución. Esa es la lucha necesaria de la América Latina.

ENTRE EL SER Y LA CIRCUNSTANCIA

Podría pensarse que es un lugar común decir que la identidad es el problema principal de América Latina y del latinoamericano. Sin embargo, en este caso la afirmación de ese hecho no es una banalidad, sino una toma de posición radical que se instala en el centro de nuestro problema histórico. Pero, si además asumimos que la historia y los seres humanos que participan en ella se forjan en el flujo y reflujo que une a la vida interior con la vida social, nos damos cuenta, entonces, de la importancia que tiene el medio histórico en la formación de la conciencia. Si seguimos ese orden de razonamiento, continuaremos diciendo que el ser se forja al participar cotidianamente en la formación de su entorno y el recibir la influencia de éste; que la relación entre ambas es la praxis; que ésta explica el desarrollo de la conciencia y el desarrollo de la actividad humana a un grado en que el dualismo inicial queda superado en esa dialéctica, que la llamada vida exterior deja de ser tal al fundirse en los lugares más íntimos de la conciencia, al mismo tiempo que las formas originales de la vida espiritual, profundamente enriquecidas por la acción del hombre, dejan de ser una expresión subjetiva al incorporarse a la vida social.

Si asumimos, entonces, que el ser del hombre no es ni sólo vida intersubjetiva ni sólo vida orgánico-fisiológica y ni siquiera vida social

entendida como exterioridad, sino fusión de todas en la historia, tenemos que asumir también que esa realidad histórica en la cual se forja la conciencia nos coloca además en el centro de nuestro problema antológico.

Desde ese plano histórico-ontológico el problema de la identidad latinoamericana se presenta como un problema fundamental del ser.

El reencuentro de nosotros mismos como sujetos individuales está ligado al mundo al cual pertenecemos. Nosotros somos parte de él y él es parte nuestra. La circunstancia, como la llama Ortega, no sólo nos circunda sino que nos constituye.

Cuando esa circunstancia, cuando ese elemento que interviene en la formación de nuestro ser está enajenada, el ser también lo está, y éste sólo puede ir más allá de esa condición, negando la enajenación, esto es, superándola en la conciencia y en la historia. Esta negación, debe llevarnos a la identidad de lo latinoamericano en la cual se afirme nuestro ser personal e histórico. La búsqueda de lo latinoamericano es también parte importante en la búsqueda de nosotros mismos; y nuestra propia búsqueda, la de ese ser escurridizo y permeable, que escapa por los intersticios de la conciencia, se dilata también hacia la historia. El ser es ante todo límite; el límite precisa y diferencia. Es crisol en el que se resumen tonalidades y vibraciones de la existencia, a la vez que irradiación iridiscente que sale de sí y vuelve al mundo.

Es pues preciso identificarnos en nuestros límites para superarlos, definir los contornos de nuestra realidad interior para hacer entrar en casa la vida de fuera y para salir de nuestra circunstancia inmediata hacia otros mundos que se anuncian después del horizonte.

Lo universal está contenido en lo particular; éste es denso precipitado de la universalidad. La búsqueda de nuestra particularidad como latinoamericano es condición de la búsqueda de nuestra universalidad como seres humanos: ser latinoamericano es el principio que nos aproxima al ser, así a secas.

Hecho ese planteamiento se podría continuar diciendo que el asunto no es alcanzar una forma de ser latinoamericano circunscrita deliberadamente a la geografía y a la historia: sino que nuestro ser universal sólo puede surgir a partir de la reafirmación de lo latinoamericano y del encuentro de nuestra identidad. No es pues, que se deba separar de lo universal para concentrarnos en el núcleo de lo regional, sino que sólo podemos integrarnos a lo universal a partir de la identidad americana. No es ni un prejuicio, ni un prurito regiona-

lista lo que debe llevarnos a esa identificación, sino la necesidad de establecer el punto de apoyo para la constitución de ese ser universal. En nuestra particular situación tal exigencia se yergue necesaria.

ENCUENTRO DE CIVILIZACIONES

En otros casos esta necesidad no se ha presentado pues el choque de civilizaciones no ha llevado a la desaparición de una de ellas. En el caso nuestro, las culturas indígenas prácticamente desaparecidas como vivencia, sobreviven como arqueología. Lengua, religión, organización, política, sociedad civil, sistema intitucional, valores culturales, son europeos en forma claramente dominante.

España, en cambio, sobrevivió como civilización durante los mil años de dominio árabe; lo árabe se insertó en la cultura hispánica, se introdujeron giros en la lengua castellana, pero no la sustituyeron, se conocieron otras prácticas religiosas pero la religión católica pervivió, las oraciones islámicas y los aires moriscos se transformaron musicalmente en Andalucía, para dar origen al cante jondo y al flamenco que en sus diferentes expresiones, vocales o instrumentales, traducen el sentimiento moro sin dejar de ser español. La ciencia islámica se introdujo en Europa sin sustituir a la ciencia europea. Avicena y Averroes interpretaron a Aristóteles, pero la filosofía ática, raíz fundamental del racionalismo europeo posterior, persistió en toda su fuerza y esplendor.

También las civilizaciones orientales — dice Darcy Ribeiro — resistieron al impacto europeo. “Así es que los chinos, los indios y después los egipcios, turcos e indochinos pudieron conservar, en buena medida, su autonomía cultural, y el cuadro de su civilización, resistiendo a una europeización completa, mientras que las altas civilizaciones americanas fueron destruidas a tal punto que sus descendientes actuales mal pudieron conservar la memoria de su pasado”.

El vínculo más permanente con el pasado indígena es la ubicación geográfica. Continuamos en las mismas tierras sobre las cuales los conquistadores europeos sometieron a nuestros ancestros indígenas, en el mismo escenario en que se desarrolló el proceso de colonización. Pero la geografía con toda la fuerza telúrica que posee no es suficiente para restituir una civilización. Los dioses indios han huido para siempre de las montañas, los manes han abandonado el paisaje.

HACIA LA SUPERACIÓN DEL PASADO: UN DESAFÍO A LA FILOSOFÍA Y A LA HISTORIA

Biológicamente resultado de lo español y lo indígena, ¿somos históricamente una síntesis indohispana? Al no ser ni plenamente indígena ni totalmente europeos hemos sido más bien el resultado deficitario de dos civilizaciones, el ser incompleto que afanosamente busca su plenitud. La cultura europea es parte de nuestro ser pero no nos reconocemos íntegramente en ella, ni el europeo nos reconoce como tal; la cultura indígena a su vez, es el ser abortado, el pasado que no llegó a superarse dialécticamente pues fue truncado por una fuerza exterior, la realidad que no pudo sobrevivir transmutada en las formas históricas presentes y por eso se convirtió en símbolo, nostalgia, fantasma.

Por ello, el latinoamericano se plantea la identidad como problema previo, y su filosofía, en lugar de constituirse sobre la reflexión de los universales tradicionalmente aceptados como sujetos del empeño filosófico, se ha iniciado en la búsqueda de la especificidad de lo latinoamericano que es la condición de la universalidad de su ser. Si la filosofía, como lo señala Leopoldo Zea, es actividad humana que tiene por objeto resolver problemas humanos, es claro que en nuestra circunstancia la tarea principal de la filosofía consiste en plantearse y resolver el más humano de nuestros problemas que es el de la identidad de nuestro ser.

Toda filosofía es hija de su tiempo, pero también lo es todo filósofo y todo filosofar. Hegel, cazador del espíritu, buscada a éste en sus expresiones históricas: la Atenas del siglo V, la Revolución Francesa, el Imperio Napoleónico. Lo esencial y permanente pasa por lo temporal. Pero cada pueblo, cada hombre, cada ser, tiene su tiempo; nosotros andamos en búsqueda del nuestro que no es ni Grecia, ni Roma, ni Francia, o al menos que no lo es exclusivamente. “La filosofía —dijo Hegel en sus *Lecciones sobre la Historia de la Filosofía*— es la filosofía de su tiempo, un eslabón en la larga cadena de la evolución universal, de donde se desprende que sólo puede dar satisfacción de los intereses propios de su tiempo”.

La búsqueda de la universalidad que es esencial a toda auténtica filosofía, pasa, necesariamente, por el encuentro de la particularidad, que en nuestro caso es el encuentro del ser latinoamericano.

En tanto que hombres participamos de la misma vocación de uni-

versalidad común a la especie; la reafirmación de la identidad nos permitirá un desarrollo pleno en ese sentido. Si la definición de nuestro ser universal, exige la reafirmación de nuestro ser histórico, es decir latinoamericano, comprendemos porque surge aquí y ahora, el problema de nuestra filosofía. Comprendemos, más claramente que no se trata de parcelar el conocimiento, de desnaturalizar la universalidad de la reflexión filosófica, ni de transformar a ésta en una descripción historiográfica, de hombres, hechos y lugares, ni en una sociología de la cultura, sino que se trata de un encuentro con los presupuestos a través de los cuales se expresaría su universalidad. La búsqueda de la universalidad de nuestro ser a través de sus particularidades históricas es filosóficamente tan legítima como la búsqueda hegeliana de la particularidad de los pueblos en los momentos de materialización del espíritu universal. En eso consiste su dialéctica del espíritu objetivo.

EL DESGARRAMIENTO ENTRE LO OCCIDENTAL Y LO INDÍGENA

¿Pero, cómo asumir este problema de la identidad de nuestro ser histórico?

Ortega y Gasset citado por Leopoldo Zea en la "Introducción" a *Dos Etapas del Pensamiento en Hispánamerica*, dice: "el hombre europeo ha sido democrático, liberal, absolutista, feudal, pero ya no lo es". Y el propio Zea señala: "El ser latinoamericano es querer afirmarse en su ser". El problema del ser actual es el de haber dejado de ser indígenas sin haber pasado a síntesis de un nuevo ser. Nosotros no somos ni totalmente indígenas, ni totalmente europeos, ni culturalmente una resultante innovadora de ambas. Lo indígena fue negado sin haber sido superado dialécticamente por el hombre que proviene de la colonia. Hoy negamos también a éste (que dialécticamente es un no-ser) sin derivar todavía de su negación la reafirmación del ser definitivo."

La pregunta que se hace Luis Villoro, referida al caso mexicano, podría convalidarse para el caso general de la América Latina. "¿Será posible —se pregunta— descubrir más allá del ser que en nosotros negamos, una vida auténtica. Se concibe entonces la esperanza de que la negación del pasado enajenante haga descubrir un ser auténtico, antes encubierto... El mundo indio simboliza para el mexicano,

desde entonces su ser auténtico oculto que ha descubierto para llegar a ser él mismo” y más adelante agrega: “si el orden hispánico simboliza el ser pasado inauténtico que realiza el insurgente, a la inversa, el mundo precolombino personifica la trascendencia a esa determinación histórica; si se siente atraído hacia él es porque proyecta en ese mundo su propia trascendencia”. (Luis Villoro *De la función simbólica del mundo indígena*).

Por otra parte, hemos visto que la sociedad indígena, cualquiera que sea la riqueza de su cultura arqueológica no es el factor que unifica, sino, por el contrario, es la cultura europea, la que constituye el eje de la organización social y de la vida política e institucional, de la sociedad civil y del Estado. Por ello resulta difícil buscar la autenticidad a través de lo indígena que no puede ser restablecido ya como vivencia.

Resulta lógica la negación del ser que proviene de la colonia, pues no es un ser colonizado el que pueda dar respuesta a nuestros anhelos de identidad y de autenticidad, pero, desafortunadamente, no es el regreso al indigenismo lo que puede permitirnos la recuperación histórica. Está fuera de toda realidad pensar revivir para la vida contemporánea, las formas sociales y los valores culturales de las sociedades indígenas. Ellas tienen, ciertamente, toda la fuerza del símbolo que asumimos para rechazar la cultura de la dominación y más que nada la dominación por la cultura, toda la carga emotiva con la cual trémulos descubrimos la autenticidad de nuestro ser remoto, antes de la enajenación que impuso la conquista y la colonia, todo el valor político y moral que ponemos al lado del indio usurpado hasta en su propio ser y que enfrentamos contra toda suerte de dominación y manipulación contemporánea.

Por espíritu de elemental justicia hay un sentimiento de solidaridad que colocamos en el altar de indio sacrificado, melancolía del pretérito por siempre ido, fuego remoto que abrasa e ilumina todas nuestras rebeldías. No existe lucha, sacrificio y acto heroico que realice el latinoamericano de hoy que no lo haga pensando en el marginado, en los desheredados, en el indio confiscado para la historia. Ese es el combate que sin tregua se produce todavía en el alma del latinoamericano, desgarrada entre lo europeo y lo indígena. Sin embargo, no podemos revivir nuestra autenticidad precolombina para alcanzar la identidad contemporánea. Ningún país de la América Latina de hoy puede organizar su vida civil, política, y social como lo

hicieron los mayas, los aztecas o los incas. La sociedad indígena es un símbolo y como tal debe ser considerada. Lo contrario sería “hispos-tasiar el símbolo en una falsa realidad. La atribución al símbolo...de los caracteres que simboliza conduce a una forma de pensamiento mítico. Este proceso de mitificación sólo puede acontecer cuando se acepta el símbolo sin reconocer su carácter simbólico”. (Luis Villoro, *De la función simbólica del mundo indígena*).

LA FILOSOFÍA ENTRE LA DOMINACIÓN Y LA LIBERACIÓN

Prescindimos entonces de identificarnos en lo que sólo es europeo o sólo indígena y más allá de las opresiones y más acá de las ilusiones debemos construir en ese margen de contenido ambiguo todavía, el propio espacio vital a la medida de la dimensión espiritual de nuestro ser.

La formación del ser latinoamericano está profundamente unida a la constitución y desarrollo de su filosofía y la formación de esta última está indisolublemente ligada al destino de nuestro ser. No se trata de que el ser latinoamericano sea producto de un cierto tipo de elucubración racional, sino de la contribución que la filosofía en tanto pensamiento esclarecido puede aportar en esta búsqueda de la identidad. El ser latinoamericano se formará en la realidad, pero esa realidad puede ser iluminada y hasta anticipada por la filosofía. Si para Hegel el búho de Minerva levanta el vuelo al atardecer y si la filosofía como la uva es, en expresión de Ortega y Gasset, delicia de los oídos, para Augusto Salazar Bondy puede ser mensajera de alba.

“Una filosofía es muchas cosas, pero entre ellas no puede dejar de ser — y es seguramente a la postre siempre — la manifestación de la conciencia racional de una comunidad, la concepción que expresa como ésta reacciona ante el sujeto de la realidad y el curso de la existencia, su manera peculiar de iluminar e interpretar el Ser en el que se encuentra instalada... ha de ser una reflexión sobre nuestro status antropológico y desde nuestro propio status negativo, con vistas a su cancelación “(Agusto Salazar Bondy, *Sentido y Problema del Pensamiento Filosófico Hispanoamericano*).

Pero la búsqueda y encuentro de ese ser se produce sobre todo en la realidad multiforme y contradictoria en la cual el hombre vive y sobrevive. La liberación en términos contemporáneos es la condición

histórica del ser latinoamericano. Liberación que se expresa en la posibilidad de reafirmar lo propio, en la capacidad de creación.

En términos concretos, la necesidad de liberación se identifica ante el poder de dominación preciso. En nuestro tiempo y circunstancia este poder se ejerce a través del neocolonialismo y del imperialismo. Los afanes de identidad tienen que encontrarse necesariamente con estas formas de enajenación.

El caso reciente de las islas Malvinas, aunque no plantea ni plantea exactamente un problema de identidad para la nación argentina, sino más bien un problema de soberanía y de integridad territorial, expresa, sin embargo, por una parte, la fuerza expansiva del colonialismo a las puertas del siglo XXI, y por la otra, descubre también un sentimiento de solidaridad latinoamericana, precisamente, en torno al menos latinoamericano de nuestros pueblos. Por un lado la América Latina unificada en torno al principio de soberanía y de integridad territorial; por el otro, Inglaterra y los Estados Unidos identificados en sus intereses que son los del colonialismo y los del imperialismo.

LA NACIONAL Y LO REGIONAL: DOS REALIDADES COMPLEMENTARIAS

Un doble asunto aparentemente contradictorio pero realmente complementario se ofrece ante nosotros; el problema de la nación y al mismo tiempo, el problema de la región. No podemos esperar una identidad latinoamericana sin una previa reafirmación nacional. Si América Latina debe ser una unidad de diversidades, cada una de estas diferencias debe partir, precisamente, de todo aquello que consolida y fortalece una realidad nacional.

Nuestro proceso hacia la identidad debe orientarse pues, a la reafirmación de la nación que es una especie de reencuentro consigo mismo, la recuperación del propio rastro y del propio rostro.

La nacional se expande y consolida en los aspectos que regionalmente nos son comunes. Lo asumido como valor compartido, aspiración común y destino posible de nuestros pueblos se profundiza en cada una de las realidades nacionales.

En este sentido, el concepto de nación implica, además, un conjunto de principios y de valores que subyacen como un común denominador a muchas historias particulares, como una actitud frente al

imperialismo que desnacionaliza y frente a su expresión más actual y desarrollada: las sociedades trasnacionales. Si el antiimperialismo es un elemento fundamental del sentido de nación, se convierte por lo mismo, en un elemento constitutivo común junto con otros particulares.

Históricamente esto se explica en tanto que el imperialismo no es sólo un elemento externo sino también interno al encarnarse en la historia de los pueblos dominados.

Un pueblo al cual se le mistifica su lengua, su cultura y sus formas de vida cotidiana sea por imposición directa o por una dominación cultural más sutil, es un pueblo en fase de desnacionalización, pues se le adulteran los elementos en los cuales puede reconocerse. Si el colonialismo y el imperialismo constituyen la causa fundamental de negación de la nación, la lucha contra ellos es la reafirmación primaria de la nación y la expresión más fuerte de identidad.

La revolución asume actualmente este sentido en el Tercer Mundo, pues no sólo devuelve la realidad de la nación sino que ella misma en su propio acto de rebeldía es ya una confirmación de la voluntad nacional.

La América Latina en su expresión específica de naciones particulares y por los caminos que cada país considera el adecuado de acuerdo a sus propias realidades, busca la reafirmación de su identidad nacional. En ese empeño existen, sin embargo, elementos que son comunes a todos los pueblos latinoamericanos y hacen de la región, sin perjuicio de las diferentes particulares, una unidad de realidades y expectativas. El enfrentamiento entre la reafirmación nacional y la expansión del imperialismo norteamericano dotan a la América Latina, a partir de esa contradicción fundamental, de una dimensión histórica común que permite considerarla como una unidad.

LA INDEPENDENCIA SIN LA IDENTIDAD O LA PARADOJA DE LA NEGACIÓN SIN SÍNTESIS

Los latinoamericanos estamos frente a lo que podríamos llamar el problema de nuestro tiempo histórico: realizar la síntesis que no produjo el siglo XIX y que no ha producido el siglo XX que vive sus dos últimas décadas.

Si queremos ser hombres en nuestro tiempo, más que de nuestro tiempo, para usar la terminología de Pedro Laín Entralgo, debemos

abocarnos, a lo que a nosotros como latinoamericanos concierne, a dar aliento a la gran tarea de reconstruir el presente a partir de la superación del pasado.

Esto implica que no podemos rechazar el pasado sino superarlo dialécticamente, lo que Hegel denominaba *Aufheben*; pero implica correlativamente que no podemos aceptarlo en forma acrítica, como aconteció durante la colonia primero, y en la independencia después, y como ha ocurrido en lo que va del siglo XX —que ya es casi todo— pese a los espíritus esclarecidos que han existido en todas las épocas y que han señalado con insistencia el difícil camino. No podemos, obviamente, asumir como propio el pasado colonial que fue negado, en buena hora, por los movimientos de independencia, pero tampoco podemos aceptar que nuestro ser histórico se consolida en la independencia y en el periodo post-independista con la formación de lo que se ha llamado los estados nacionales. Los movimientos libertarios que nos dieron independencia no llegan a darnos, sin embargo, la identidad.

La libertad no es la identidad, aunque es la condición necesaria de su existencia.

Históricamente, nuestros pueblos en sus sectores ilustrados que son las clases dominantes, han asumido acríticamente el pensamiento europeo y su teoría política, sin realizar el esfuerzo de síntesis entre lo americano y lo europeo, entre el liberalismo occidental y la realidad americana.

Copiamos el Estado —Nación de Europa, sin consideración a nuestros requerimientos históricos, adoptamos sin previo análisis el código y la universidad napoleónicas y asumimos el positivismo como la nueva religión cuyos dioses, sin embargo, habitaban al otro lado del Atlántico.

En la historia de las ideas nos basta mencionar rápidamente, siguiendo a Augusto Salazar Bondy, la aceptación acrítica del pensamiento europeo. Escolásticos durante la colonia “a la que no faltan ciertamente algunas cumbres como Suárez, pero que andaba por muy otros caminos que los del espíritu moderno”. Modernos con el nuevo impulso de la filosofía europea después del Renacimiento con Descartes, Leibniz, Locke y Hugo Grocio. Iluminista con Rousseau, Voltaire, Condillac y Benjamin Constant. Románticos con el sensualismo, el espiritualismo ecléctico y “la versión Krausista del idealismo alemán”. Positivistas con Augusto Comte y Herbert Spencer.

Naturalistas, materialistas, experimentalistas y evolucionistas bajo la influencia del pensamiento decimonónico europeo.

Vitalistas con Ortega y Gasset, fenomenológicos con Husserl, e intuicionistas con Bergson. Finalmente existencialistas con Sartre, Heidegger, Camus, Marcel y Merleau-Ponty.

Merece consideración aparte la influencia en América Latina en este siglo, sobre todo en segunda mitad, de la filosofía de Hegel y del marxismo, particularmente a partir del pensamiento político de Antonio Gramsci en la formación de un sector importante de la teoría y la práctica política latinoamericana, en donde ya se observa el esfuerzo de síntesis, el desarrollo dialéctico del pensamiento latinoamericano que trata de integrar el pensamiento europeo a la realidad americana, la teoría a la práctica. Es el nacimiento y profundización de la praxis que marca una diferencia con la situación que estamos analizando.

Hay que mencionar también — ya lo hemos hecho — el esfuerzo de autenticidad, del pensamiento de Leopoldo Zea y de la filosofía latinoamericana.

Sin embargo, la situación general ha sido la de transferir de manera acrítica las corrientes de pensamiento predominantes en Europa. Sigue entonces sin realizarse la síntesis histórica que permita superar dialécticamente el pasado y construir, a partir de ahí, nuestra identidad que es el inicio de la construcción del futuro. Todavía seguimos atrapados en las redes del pasado porque nuestra actitud, sea de rechazo o de aceptación de lo europeo, ha sido en ambos casos igualmente acrítica.

EN BUSCA DE LA SÍNTESIS

Nuestro problema de la identidad es casi excepcional en la historia y posiblemente de mayor complejidad, en un cierto sentido, que el que enfrenta el hombre africano, por ejemplo, cuya identidad empieza por la piel. Bolívar, uno de los más grandes latinoamericanos de todos los tiempos, percibió muy claramente el problema de la identidad de América Latina a la que dio independencia y trató de darle identidad en el plano político e institucional. En el Discurso de Angostura expresa: “¿No dice el *Espíritu de las Leyes* que éstas deben ser propias para el pueblo que se hacen: que es una gran casualidad

que las de una nación puedan convenir a otra; que las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a su extensión, al género de vida de los pueblos; referirse al grado de libertad que la constitución puede sufrir, a la religión de los habitantes, a sus inclinaciones, a su raza, a su número, a su comercio, a sus costumbres, a sus modelos? He ahí el Código que deberíamos consultar y no el de Washington". Y más adelante en el mismo Discurso dice: "No olvidando jamás que la excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma, ni en su mecanismo sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye".

En Bolívar encontramos las raíces de nuestro ser, sin embargo, la lucha por la identidad no pudo ser obra de un solo hombre por inmenso que sea, sino que tiene que ser la obra de todos a través de la historia, a condición de que nos planteemos adecuadamente el problema.

Nosotros somos herederos de lo que hicieron, pero sobre todo de lo que no hicieron o no pudieron hacer los hombres del siglo XIX. Si no lo logramos ahora, heredaremos a los latinoamericanos del siglo XXI la inmensa carga de realizar la síntesis histórica que no se hizo ni en el siglo XIX ni en el siglo XX.

Creo, sin embargo, que actualmente hay elementos cualitativamente nuevos que son respuesta a este tiempo. La conciencia de la inautenticidad padecida desde la colonia hasta hoy y de la necesidad de la identidad para realizarnos plenamente como hombres y como pueblos puede a estas alturas parecer una verdad de perogrullo, pero ha significado, ciertamente, a la vez que una dolorosa toma de conciencia, la adopción de un desafío ineludible asumido con responsabilidad y saludable realismo.

Otras manifestaciones de la sensibilidad del latinoamericano, como el arte por ejemplo, han creado una obra cuya calidad y autenticidad son hoy universalmente reconocidas, sin haberse propuesto, probablemente, crear una conciencia necesaria del vacío, que ha sido empeño inicial y arduo de nuestra filosofía.

No se debe ignorar, por ejemplo, la excelencia de la literatura latinoamericana en narrativa y poesía, ni la indiscutible calidad de su pintura, ambas expresiones cumbres de nuestro arte en este siglo. Sin embargo, ni la literatura, ni la pintura por sí solas, pese a su excelencia, podrán otorgarnos la identidad que buscamos, pues por su natu-

raleza misma en América Latina, o son expresiones descriptivas de la realidad o ficciones, o símbolos, que bien traducen la realidad tal como ésta es, o crean ilusiones que permiten evadirla, pero no pueden transformarla al grado que la búsqueda de la identidad lo exige. A partir de la transformación de la propia realidad histórica y del pensamiento crítico deberá estructurarse la identidad latinoamericana.

Las ciencias sociales, por su parte, y en particular la sociología que ha trabajado a partir de la categoría de la dependencia, han contribuido significativamente en el esclarecimiento de la condición histórica latinoamericana. Ellas han establecido el desarrollo en un polo como causa de subdesarrollo; en el otro, la dependencia estructural como impedimento para la iniciación de un auténtico proceso de desarrollo, el señalamiento de la arbitraria identificación del desarrollo con el crecimiento económico que favorece a los sectores hegemónicos de la sociedad y a los intereses de la metrópoli, la transeferencia de actitudes consumistas exógenas, el papel de la dependencia cultural en la ideología, la realización entre las políticas de desarrollo propuestas por los centros de poder y sus necesidades de exportar excedentes, prolongar mercados, tecnificar el imperialismo mediante el establecimiento de un capitalismo dependiente en los centros periféricos. También han señalado que imperialismo-dependencia es la gran contradicción histórica, a la vez que han indicado la necesidad de que se establezca una más justa división internacional del trabajo y un nuevo orden económico internacional.

Es muy importante tener en cuenta estos planteamientos con relación al tema que venimos analizando, pues nos esclarece una parte del problema, aun cuando no podemos, ni debemos esperar del solo planteamiento sociológico, una alternativa integral de la identidad o una teoría del ser latinoamericano en la que juegan, además, elementos filosóficos, antropológicos, psicológicos que no pueden ni deben pretender cubrir por sí solas las ciencias sociales. A éstas correspondería más bien en esta nueva etapa tratar de precisar, dentro del marco teórico que han diseñado, los mecanismos y los instrumentos económicos y sociológicos que permitan dar pasos concretos en el camino de un desarrollo propio.

Tanto la filosofía como las ciencias sociales han contribuido a crear una conciencia acerca del problema de la autenticidad. La filosofía ha esclarecido mucho sobre el ser y el no —ser latinoamericano. La lucha por la identidad es un desafío que envolverá la lucha

política, la vida cotidiana, el esfuerzo intelectual, el aporte multisectorial de las disciplinas filosóficas, la imaginación y la creación artísticas.

Estamos enfrentando a un desafío que exige entre otras cosas:

— Asumir nuestra realidad como sujeto de reflexión pues sólo así esa reflexión será también parte de nuestra realidad.

— Integrar críticamente el pensamiento europeo a nuestro mundo y modificarlo de acuerdo a nuestras circunstancias.

— Entender la independencia como condición de la libertad y como un proceso cuyos pasos ascendentes deben conquistarse en cada etapa: frente al colonialismo en siglo XIX, y frente al imperialismo y neocolonialismo en el siglo XX.

— Asumir la revolución como la expresión histórica más elevada en la reafirmación de identidad y el desarrollo de una conciencia crítica.

— Desarrollar el sentido de nación ligado al destino regional de América Latina. Instalados en nuestras diferencias nacionales ver a la América Latina siempre como un proyecto futuro.

Recuperar la tradición indígena. Integrar lo que sea integrable a nuestra vivencia, lo cual excluye una pretendida vuelta a las sociedades indígenas, lo mismo que una expresión exclusivamente folklórica o arqueológica de la misma.

— Adecuar las instituciones políticas a las necesidades históricas.

LA LUCHA NECESARIA

América Latina se ha caracterizado por la necesidad de independencia y de identidad. Esa fue su lucha en el siglo XIX, esta es su lucha en el siglo XX. La historia la ha colocado ante ese desafío que como hilo conductor enlaza épocas, pueblos y hombres.

Bolívar, San Martín, Sucre, en América del Sur; Hidalgo y Costilla, lo mismo que Morelos en México, todos en el siglo XIX, José Martí en Cuba a fines del siglo pasado, Zapata y otros revolucionarios en México a comienzos del siglo XX, Sandino en Nicaragua en 1927, la Revolución Cubana en 1959, la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua en 1979, herederas de la misma tradición de lucha.

La vocación de libertad ha sido una constante común en nuestra historia aunque los tiempos y con ellos las circunstancias hayan cambiado.

Las guerras de independencia el siglo pasado planteaban más que nada el enfrentamiento entre el criollo y el peninsular. Dos sectores de una misma clase dominante, enfrentados en su contradicción se enfrentaron también en la guerra. Situaciones económicas, relaciones comerciales y hegemonía política entraron en juego en un cuadro socio-económico en donde el criollo, dueño de la tierra y de los medios de producción, no controlaba ni el comercio, ni los mecanismos fiscales, ni el apartado político central y municipal. Ladinos e indios eran sólo fuerza de trabajo, (y de guerra) en estado de servidumbre, en un modo de producción difícil de precisar con exactitud, habida cuenta de los modelos que conocemos, pero que presentaba una tendencia predominantemente feudal en la que no faltaba, sin embargo, formas de relación salarial propias del clásico contrato de trabajo, aunque al margen, evidentemente, del cuadro de la organización empresarial o industrial. Esta situación interna, sin embargo, era determinada por la metrópoli cuya expansión colonial obedeció a las tendencias del mercantilismo, particularmente en sus formas bullonista y crishedonista españolas, y a una suerte de expansión de lo que podría denominarse capitalismo circulacionista. Este señalamiento no mengua la grandeza de los próceres y de la lucha, sino que es una constatación objetiva del marco sociopolítico y de las limitaciones de su tiempo. Sin embargo y pese a las restricciones impuestas por las circunstancias históricas, Bolívar intuía ya el destino de las relaciones entre las dos Américas. Su visión del americanismo excluía a los Estados Unidos. La contradicción entre el pensamiento de Bolívar y la Doctrina Monroe continua vigente hoy en día.

Con la Revolución Mexicana el problema de clases se presenta claramente, y el problema de la tierra y la reivindicación del campesino junto con la nacionalización de los recursos naturales asumen una prioridad relevante. La Revolución Mexicana con las nacionalizaciones se enfrenta también a los intereses del imperialismo americano.

Sandino se enfrenta a la intervención americana en Nicaragua, el sentimiento de recuperación de la dignidad nacional es esencial a su combate. Sus oficiales y soldados y él mismo, provienen de la clase obrera y campesina y su lucha adquiere un carácter popular, tanto por la composición de su ejército, como por sus reivindicaciones y

programas. Su antiimperialismo encarnado en la resistencia que opone a la ocupación de los marinos se concibe también en una perspectiva internacional, en la medida en que Sandino toma plena conciencia de que América Latina toda deberá enfrentarse al imperialismo para preservarse como entidad histórica.

A la altura de la Revolución Cubana el cuadro del imperialismo propiamente tal está mejor definido y los mecanismos de dominación como consecuencia de la expansión del capitalismo funcionan a plenitud. La situación de Cuba en la cual surge el movimiento revolucionario corresponde a la de un país en condiciones de dependencia estructural. Su carácter antiimperialista emerge desde el momento mismo en que se afectan los intereses del imperialismo representados y defendidos por el gobierno de Batista y las clases dominantes, y la Revolución busca un saneamiento moral, una recuperación política y una reafirmación nacional.

La Revolución Popular Sandinista, por su parte, continúa la lucha de Sandino contra las fuerzas de ocupación. La dictadura de Somoza en sus diferentes etapas fue también una forma por la que los Estados Unidos ocuparon el país. Por eso la lucha contra Somoza fue también la lucha contra el imperio en la expresión particular que asumía en Nicaragua y contra sus intereses especialmente militares y geopolíticos. De ahí su carácter nacionalista y antiimperialista. En nuestras circunstancias el antiimperialismo es la única forma de reivindicar la nación. El carácter popular es también de su propia esencia y está dado por la participación del pueblo en el proceso como agente y destinatario de la Revolución, en un marco de pluralismo y pluripartidismo que intervienen en su composición.

Los tiempos y los imperios han cambiado pero la necesidad de la lucha sigue. Nuevos elementos se van incorporando a nuestras situaciones históricas. A los antiguos mecanismos de la intervención militar directa, se agregan, hoy, sin excluir a éstos, nuevas formas de dominación a través de la traslación de capitales, inversión de excedentes, dominación ideológica, sumisión informativa por medio de las transnacionales de la información, la televisión, la mala literatura, la mala música y otra suerte de malas costumbres.

Por otra parte, las respuestas a esta situación se van adecuando a las condiciones históricas de la lucha. El sentido de nación se va precisando frente al imperio, la incorporación de las clases populares en el destino nacional es hoy una necesidad ineludible, la defensa de lo

nacional en algunos casos tiene que darse contra clases o sectores de clases que favorecen la dominación exterior al precio de afectar la propia cultura y de hacer más complejo aún el problema de identidad.

Cada país, cada pueblo, escogerá los medios que juzgue apropiados para su reafirmación nacional, de acuerdo a sus propias características y a sus condiciones objetivas. Lo importante es reafirmar nuestra identidad ante quien sea y favorecer en esa vuelta a las raíces de nuestro ser, la posibilidad de un destino común para la América Latina en el cual, e instalados en nuestras diferencias, podamos reconocernos todos un día. Lo importante es reafirmar nuestra libertad: su búsqueda es la marcha de la historia.

En un hermoso y profundo párrafo de la *Dialéctica de la Conciencia americana*, con una ancha visión hegeliana que arranca sin embargo del corazón de su América Leopoldo Zea dice: “La historia del hombre, la historia de la humanidad, es la penosa y larga marcha del espíritu por realizarse como libertad”.